



el norte **algar**

CANBIEMOS LAS REGLAS

PATRICIA CAMPOS TERESA BROSETA



Historias y reflexiones
para un mundo mejor

1

NO TODAS LAS PELOTAS SON REDONDAS

Olivia camina por el Jardín del Turia con las manos en los bolsillos y los ojos húmedos, temblando de impotencia y de rabia. No puede más. Ya no puede más. Creía que podría, pero no puede.

Hace dos meses largos que soporta las risas burlonas y las bromas de mal gusto, el vacío helado que han abierto a su alrededor, la lluvia de palabras desagradables y de imágenes más desagradables todavía por Instagram y WhatsApp. Hace dos meses largos que aguanta en silencio, comiéndose las lágrimas, esperando a que pase la tormenta, pensando que su dignidad acabará por imponerse a tanta locura. ¡Todo para acabar perdiendo el control de la forma más estúpida posible, en el peor momento posible y de la peor manera posible!

Después de haber aguantado tanto, hoy, en un arrebato, ha tirado su dignidad por la borda y, de

paso, sus posibilidades de sacar una nota decente en Inglés. Cuando ha entrado en el aula, con un poco de retraso porque no va nunca al baño hasta que no se queda vacío, la frase escrita en la pizarra la ha golpeado con la fuerza de un puño. Un gemido se le ha escapado de la boca y la ha hecho temblar de la cabeza a los pies, como una hoja al viento. Y entonces, para acabar de arreglarlo, otra frase ha salido de los labios de Marisa, la de Inglés, que tiene la sensibilidad de esparto.

—Venga, Olivia, no exageres.

En ese momento lo ha visto todo rojo. Un grito de animal herido le ha salido de la boca y ha huido del aula con un portazo que se ha oído en todo el instituto. Mal hecho, ya lo sabe, ¡pero siempre será mejor dar un portazo que darle un golpe en la cabeza a alguien! Sea como sea, la ha fastidiado, y no duda que Marisa se lo hará pagar con creces.

La rabia le sube a la garganta como un vómito y no tiene más remedio que dejarla salir para no ahogarse. Olivia aúlla. Aúlla sin importarle que un puñado de tórtolas se espanten, que los perros ladren, que un par de corredores la miren con algo de miedo, que una señora cambie ostensiblemente de dirección para no cruzarse con ella, que un

ciclista esté a punto de caerse de la bici, que un bebé se eche a llorar. Aúlla y pega puntapiés a las piedras que tienen la desgracia de cruzarse en su camino.

—¡Marisa del demonio! ¡Marisa de las narices!
¡Marisa del infierno!

Si las piedras del Jardín del Turia hablaran, nos podrían contar que esta violencia no las pilla por sorpresa. Que día sí y día también, desde principios de curso, Olivia pierde los nervios en algún punto del camino que va del instituto a su casa. Aunque alguna que otra vez ha estampado la mochila contra el suelo, casi siempre son las piedras las que se llevan la peor parte, pero no se quejan.

No podríamos jurar que las tórtolas que se espantan, los perros que ladran, los ciclistas que la miran, la señora que cambia de camino, el ciclista que está a punto de caerse y el bebé que llora sean los mismos todos los días. Pero podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que nadie reacciona nunca.

Nadie.

Nunca.

Olivia se rompe cada día a la vista de un público que se apresura a apartar la mirada y, después, vuelve a coser los pedazos como puede en el tramo que le queda para llegar a casa.

Pero hoy hay una diferencia. Una diferencia que Olivia no ve, porque nadie ve nada cuando está en mitad de un ataque de nervios. Una diferencia que se llama Gema y que no cambia de camino, ni se asusta, ni aparta la mirada. Esquivando las piedras que salen disparadas en todas direcciones desde los pies de Olivia, Gema se le acerca por la espalda y dice con una voz clara y tranquila:

–Esa tal Marisa tiene que ser un bicho de la peor especie.

Olivia se gira en redondo, los puños cerrados en los bolsillos, los ojos centelleantes de rabia, dispuesta a la batalla. ¡Si alguien del instituto se ha atrevido a seguirla, no responde de sus actos! El ardor guerrero de Olivia se estrella contra unos ojos azules y acogedores como el mar, contra unos labios que apuntan una sonrisa, contra unas mejillas llenas de pecas y unos rizos pelirrojos e indisciplinados. Desarmada por la sorpresa, resopla:

–¡Y que lo digas!

Los ojos negros y los ojos azules se encuentran, se exploran, se reconocen. Dos bocas sonrían y una no tarda en hablar:

–Soy Gema. ¿Y tú?

—Olivia. Ahora me da vergüenza que me hayas visto así.

—¡Quien tiene vergüenza, ni come ni almuerza!
—ríe Gema.

—¿Qué?

—¿No te han dicho eso nunca?

—No.

—Es una manera de decir que la vergüenza no tiene mucha utilidad.

—Ya, pero...

—No pasa nada, mujer. ¿Quién no ha perdido los nervios alguna vez?

—¡Ay, si solo fuera alguna vez!

El suspiro de Olivia es largo y desesperado. La furia de antes ha dado paso a una amargura tan evidente que hace que Gema la agarre del brazo y la arrastre hacia el banco más cercano.

—Ven.

Olivia se resiste débilmente.

—No. Tengo que irme a casa.

—Y yo a entrenar, pero por unos minutos no se hundirá el mundo. ¡Venga, mujer!

La inesperada calidez llena de lágrimas los ojos negros de Olivia, que se deja llevar dócilmente hasta el banco y se sienta, abrazada a la mochila.

Gema la deja llorar un momento, no muy largo porque las agujas del reloj no se detienen y no quiere llegar tarde al entrenamiento. No sabe muy bien qué decir, pero lo intenta.

—¿Qué te pasa, Olivia? ¿Puedo ayudarte?

Olivia solloza.

—Nadie puede ayudarme. Todo es una porquería.

—*Nadie* y *todo* son palabras muy grandes.

—Son las que tocan.

Gema, impresionada, hace lo único que le sale del corazón en ese momento, que es abrazar el cuerpo tembloroso de Olivia y acariciarle la cabeza con una ternura un tanto torpe. El gesto de afecto parece ser todo lo que necesita para abrir las puertas y las ventanas del corazón, porque Olivia se vacía en un torrente de sollozos y palabras amargas.

—¡No habría pasado nada si no me hubieran cambiado de instituto! Tenía amigos, ¿sabes? ¡Gente que me hablaba! Ahora me hacen el vacío, me insultan, se burlan de mí. ¡Y soy la misma! ¡La misma de siempre! Pero allí era normal y aquí soy un monstruo. ¡Y todo por culpa del trabajo nuevo de mis madres! No podían quedarse con el que tenían, no... ¡Tenían que amargarme la vida!

Olivia calla un momento para tomar aire y Gema no desaprovecha la ocasión. Con los ojos azules exageradamente abiertos, exclama:

—¿Tus madres? ¿Así, en plural? Ahora ya no me extraña que hayas perdido los nervios. ¡Si yo los pierdo a veces solamente con una!

Después de un segundo de desconcierto, Olivia estalla en carcajadas.

—¡Pobrecillas! No, ellas no tienen la culpa de nada. ¡Bueno, del cambio de instituto sí! Pero que el instituto nuevo esté lleno de descerebrados no es culpa suya.

La tensión se ha relajado y Gema, que no quería preguntar, pregunta:

—Oye, ¿cuántas son?

—¿Cuántas qué?

—¡Cuántas madres!

Olivia vuelve a reírse. Como antes, como hacía tanto que no se reía.

—¿Cuántas quieres que sean? ¡Dos, mujer! Supongo que tú tendrás un padre y una madre, que también son dos.

—Perdona, tú lo tendrás clarísimo, pero no es tan sencillo —protesta Gema—. Podrías ser adoptada, o podría ser que tus padres se hubieran vuelto

a casar y tuvieras varias familias... ¡Yo qué sé! Hay muchas alternativas.

Olivia, que lleva el tema bien estudiado, sonrío.

–Tienes razón. Hay muchas alternativas. ¡Pero, en cualquier caso, me parece difícil tener más de dos madres! Una biológica y una adoptiva, una madre y una nueva mujer del padre... ¡Siempre son dos! Pero también es verdad que no conozco a todas las familias del mundo. ¡Dejémoslo en empate!

Gema acepta con una sonrisa.

–Oye, ¿y una de tus madres es Marisa?

–¡Por suerte, no! Mis madres se llaman Isabel y Clara. Marisa es la de Inglés.

–Y es un mal bicho, por lo que parece.

Olivia tiene el sentido de la justicia demasiado desarrollado como para dejar pasar el comentario.

–En realidad, tampoco. Es una profe como cualquier otra, pero hoy... ¡Hoy no se ha portado nada bien, por ser suave! Cuando he entrado en clase, había una frase escrita en la pizarra, con una letra bien grande y bien clara –baja un poco la voz–: «Olivia, hija de un huevo sin fecundar».

–¿Qué?

–Eso. Es la gracia de la semana. Se le ocurrió al grupito de un chico que se llama Lucas después de

una clase de Biología, y se ve que ha hecho fortuna. Me lo han escupido a la cara cien veces, pero hoy, cuando lo he visto escrito en la pizarra y he visto que Marisa no hacía nada... ¡No solo eso! ¡Es que me ha dicho que no exagerara!

La indignación de Olivia sube de nivel, se le nota en la voz, y Gema se apresura a evitarlo.

—¡Espera, que me pierdo! ¡Eso del huevo te lo dicen porque tienes dos madres?

—Sí. Porque no tengo padre. ¡Bueno, padre biológico sí, naturalmente! ¡Como todo el mundo! Pero era un donante anónimo. Le estoy agradecida, no creas que no, pero ni sé quién es ni me importa. Soy hija de mis madres.

—Vale. ¿Pero la tal Marisa sabe todo eso? Quiero decir: ¿sabe que tienes dos madres y que se meten contigo por eso y toda la historia?

Olivia baja los ojos y la voz.

—Que se meten conmigo no lo sabe nadie.
—Gema suspira: ¡mal empezamos!—. Lo de las madres, no lo sé. ¡Yo no se lo he dicho, eso seguro! ¿Pero qué importa?

Gema se apresura a explicarse:

—¡Importa mucho, Olivia! Si Marisa lo sabe, se ha portado como una mala persona. Pero, si no lo

sabe, la frase de la pizarra le habrá parecido solo una tontería. Y tú, una exagerada de tres pares de narices.

Olivia contempla la frase escrita en la pizarra con los ojos de una Marisa que no sabe nada y acaba por reírse.

–¡Una auténtica tontería, la verdad!

–Entonces –dice Gema–, ¿podemos perdonarle la vida a Marisa?

–Parece que sí –acepta Olivia–. Gracias.

–De nada. Oye, ¿te importa si seguimos hablando por el camino? No quiero llegar tarde a entrenar, pero me muero de ganas de saber más del tal Lucas y de su grupito. ¿De qué van?

Olivia se levanta casi de un salto.

–Yo tampoco quiero llegar tarde a casa. Si mis madres se preocupan, me freirán a preguntas.

Gema vuelve a poner su cara de susto.

–¡Dos madres preocupadas tienen que ser un infierno!

Mientras caminan a buen paso, Olivia le dibuja el panorama a grandes rasgos.

–Nunca había tenido problemas con nadie por el hecho de tener dos madres. Ni en el colegio, ni en el barrio, ni en el pueblo al que vamos en

verano... Ni en el otro instituto. Siempre había alguien que me hacía muchas preguntas, eso sí, y que al final ponía mala cara porque no acababa de entenderlo, pero nada más. Al cambiar de instituto, ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser un problema, ya ves. Pero me equivocaba. ¡No me han dejado vivir desde la primera vez que lo dije! Y la cosa va a peor.

—¿Cómo que a peor?

—Al principio solo eran bromas de mal gusto, risitas y cosas así. No me hacían ninguna gracia, pero las podía soportar. Después me hicieron el vacío, porque el grupito de Lucas se metía también con cualquiera que me hablara. Y ahora también me insultan por WhatsApp, por Instagram... ¡Por donde sea!

Gema se enciende.

—¡Qué gentuza! ¿Y cómo es que no se lo has dicho a nadie? ¿Por qué? ¿Cómo van a saberlo si no lo cuentas?

La voz de Olivia tiembla a su pesar.

—Pensaba que se acabaría pronto. Que se cansarían. Que agotarían todos los insultos del mundo y se aburrirían y me dejarían tranquila. Por eso no dije nada. Y porque no quería que mis madres se

preocuparan más de la cuenta, porque ya tienen bastante con el curro nuevo, que van de cabeza. ¡Y tampoco quería que todo el instituto se enterara de la historia!

—Te entiendo. Pero ahora tendrás que hacer algo, ¿no? No puedes dejarlo estar, Olivia. Nadie tiene derecho a amargarte la vida. ¡Ni el grupo de Lucas ni nadie!

—Ya. Pero me da miedo plantarles cara. Son...

—¿Son violentos? Porque entonces...

—¡No! No creo. ¡No lo sé, la verdad! Espero que no, pero aun así...

—Sí, tienes razón. Enfrentarte a ellos no es buena idea. Pero podrías hablar primero con algún profe que te inspire confianza, ¿no?

—Es que no los conozco todavía. ¡Llevamos solo dos meses de clase! Pero Alberto, el tutor, parece buena persona...

—¡Pues a por él! —se ríe Gema, y se para de golpe. Girando un cuarto de vuelta, pone la mano en el hombro de Olivia y la mira a la cara. Los labios todavía le sonríen, pero los ojos muestran una chispa de inquietud—. ¿Lo harás, Olivia? ¿Lo contarás?

Pillada por sorpresa, Olivia tartamudea.

—¿Qué? ¿Que qué? ¿Es que te vas?

Gema señala el terreno verde rodeado por una valla metálica.

—Entreno aquí. Pero contéstame: ¿lo contarás?

—Lo contaré. ¡Palabra!

—Y no dejes que el tal Lucas y su grupito te amarguen la vida, ¿vale? ¡Siempre hay gente que cree que todas las pelotas son redondas!

Olivia parpadea, desconcertada.

—¿Y no lo son?

Con una carcajada, Gema vuelve a señalar el terreno de juego.

—¡Yo diría que no!

Y entonces Olivia lo ve.

—¡Ostras! ¡Juegas al rugby!

—¡Si tardo más no jugaré a nada, porque mi entrenadora se me comerá! Nos veremos otro día, ¿no?

—¡Claro! ¿Puedo venir a ver un entrenamiento?

—¡Cuando quieras!

Gema sale disparada hacia el vestuario, pero llega a oír una última palabra.

—¡Gracias!

Olivia hace el último tramo del camino tan deprisa como puede. No quiere que sus madres se preocupen, ni que la ahoguen a preguntas que ahora no tiene tiempo para contestar. Todavía tiene

que escribir la redacción que les ha pedido Alberto y sabe que le costará organizar las ideas y explicar con detalle todo lo que quiere decir. El título, por el contrario, lo tiene clarísimo: «¡No todas las pelotas son redondas!».